

que se levantaba en el aire como una nube; sacudía los brazos, lo mismo que las águilas sacuden las alas, y Lucía vió relumbrar sus ojos como dos brasas.

Todo esto fué un abrir y cerrar de ojos: la sombra pasó; pero Lucía aún seguía viéndola, sin atreverse á respirar ni á moverse.

De pronto se oyó un grito lejano, semejante al aullido de un lobo, y casi al mismo tiempo sonó un tiro.

Lucía cruzó las manos, las apretó contra los labios, y cayó de rodillas delante de la ventana, medio muerta.

V.

El emparrado que se extendía de la Casa-honda al molino del tío Blas, venía á ser para aquella pequeña aldea lo que es la Puerta del Sol para Madrid, porque el molinero, que cortaba un pelo en el aire, había puesto bajo la sombra del emparrado una mesa de pino, sobre la que brillaba un *porrón* de aguardiente capaz de resucitar á un muerto; y los golosos acudían allí como á la miel las moscas, de manera que la *Puerta del Sol* de la cortijada tenía también su café Imperial. No era esto sólo, sino que, además,

los días de fiesta se colgaba el *porrón* de un vástago de la parra, lo mismo que se cuelga el hijo al cuello de su madre; se tendía una manta sobre la mesa, que cojeaba por más señas, y el tío Blas y tres amigotes se pasaban la tarde jugando al *truco*. Alrededor de la mesa se juntaban los aficionados, y se le contaban los pelos al diablo: el café se convertía en casino.

Todo lo que ocurría en dos leguas á la redonda se sabía allí antes que en ninguna parte; y por un quítame allá esas pajas, se le cortaba un sayo al lucero del alba.

Lucía se pasó la noche sin pegar los ojos, teniendo siempre delante el fantasma que vió deslizarse como una araña enorme por la pared del molino. Al clarear el día, aún tenía en los oídos el aullido del lobo y el estampido que sonó al mismo tiempo. Abrió la ventana, y la luz que coloreaba el cielo no ahuyentó las visiones que daban vueltas en su cabeza; al contrario: se las ponía más presentes.

Esperó que acabara de amanecer, y cuando oyó hablar bajo el emparrado del molino, se hizo toda oídos para no perder palabra: con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos más tristes que la noche, parecía una *Dolorosa*.

Los que hablaban debajo del emparrado eran los más madrugadores que iban á sus tareas; y, atraídos por el *porrón* del aguardiente, se habían

acercado á *tomar la mañana*; se daban los buenos días, se relamían los labios, y se iban respirando fuerte.

Lucía salió á la calle; y mira por aquí, mira por allí, echó á correr barranco arriba, más amarilla que la cera. Ya estaba el sol bien alto cuando volvió al molino.

—¿De dónde vienes?—le preguntó su padre.

—De allá arriba,—le contestó.

—Pues, mira (dijo el tío Blas), por acá abajo estamos todavía en ayunas.

Se le había olvidado que su padre tenía la costumbre de almorzar por las mañanas.

Calló Lucía, y preparó el almuerzo; pero ¡qué almuerzo! No había cristiano que pudiera hincarle el diente, y el tío Blas lo tenía bueno.

—Se te olvidó la sal,—refunfuñó la tía Martina.

—¡La sal! (exclamó su marido). Lo que me parece á mí que se dejó en el tintero, fué la lumbré. Esto está crudo. Pero bien: echa vino.

Lucía inclinó el cuello de la bota sobre un vaso de vidrio; pero el vino, en vez de caer en el vaso, caía en el suelo.

—¡Muchacha!—le gritó el molinero.

Entonces el cuello de la bota le dió al vaso, y el vaso, que estaba en el borde de la mesa, cayó sobre una piedra.

—Hoy (le dijo su padre) tienes el demonio en

el cuerpo. ¿Qué mala hierba has pisado esta mañana?

—Blas (le replicó su mujer), no te metas tú en eso.

El tío Blas se calló el pico, porque tenía la bota en los labios y los ojos en el techo.

Á Lucía se le subió toda la sangre á la cara, se levantó de la mesa, y se fué á la puerta, limpiándose los ojos con la punta del delantal. En esto vió que Cristóbal se encaminaba hacia el molino, y respiró con toda su fuerza; cualquiera habría creído que acababa de ver el cielo abierto; pero cuando tuvo cerca la cara de Cristóbal, apretó los dientes por no dar un grito, y cerró los ojos por no verlo.

Cristóbal se acercó á ella, y le dijo:

—Lucía, ¡qué cosas ven los que no duermen!

—¿Qué ven?—exclamó Lucía sin abrir los ojos.

—Ven lo que baja de noche de la Casa-alta á la Casa-honda.

—¿Y qué?—preguntó.

—¿Qué?... Que di con el rastro. El lobo olfateó la presa; y cuando los lobos aullan, es que tienen hambre.

La hija del molinero clavó en Cristóbal los ojos, repitiendo:

—¡Hambre!

—Sí (añadió él). Hambre que devora hasta las entrañas.

Era cosa de ver la cara que puso al decir esas palabras; parecía que el mismo Lucifer hacía visajes en ella; ¡qué ojos! ¡qué boca! No se sabía á ciencia cierta si aquello era cara de hombre ó cara de infierno.

Lucía no había visto nunca al demonio, y se santiguó, creyendo que le tenía delante. Sin poder sacar la voz del cuerpo, le dijo:

—¡Qué has hecho!

—Conocerte (le contestó Cristóbal). Y voy á pagarte en la misma moneda; amor con amor se paga; tú también vas á conocerme.

—¡Qué dices!—exclamó ella.

—Digo que te aborrezco, y que quiero que me aborrezcas.

La molinera, con cara de muerta, cruzó las manos como si quisiera ahuyentar al demonio que la perseguía con aquel puñado de cruces; pero el demonio no hizo más que rechinar los dientes, y echar llamas por los ojos, y decirle:

—Ven; á la espalda del molino te espero.

Y dió media vuelta, y se perdió detrás de la esquina.

Lucía creyó que la empujaban por la espalda, y siguió á Cristóbal, sin saber lo que se hacía.

Llevaba él la chaqueta sobre el hombro izquierdo, y descubriendo el brazo que ocultaba, se lo puso delante, diciéndole:

—Mira.

La manga de la camisa estaba manchada de sangre.

—¡Lo has muerto!—gritó Lucía.

—No; aún no (contestó Cristóbal). Esta sangre no es suya.

Y levantando la manga de la camisa hasta el hombro, le enseñó el brazo desnudo, sujeto con un pañuelo por encima del codo, añadiendo:

—Esta es mi sangre. Aulló el lobo, y al oírlo soltó el tiro, y la bala me rozó el brazo. Eso esperaba yo. Antes que pudiera cargar otra vez su escopeta, podía lanzarme sobre él y hundirle el cuchillo hasta el puño. Pero no quise, porque lo que quiero es que tú lo asesines.

—¡Yo!—exclamó Lucía.

—Tú; tú has de matarlo; mío será el brazo que le arranque la vida, pero tuya será la sentencia de muerte. Con que le hables, con que le mires, muere; han de asesinarle tus ojos, le ha de clavar el puñal tu lengua. Ahora dile que yo espío tus palabras y acecho tus miradas. Díselo, y me buscará, y lo mataré como el lobo mata á su presa. Mía, jamás; suya, nunca. El perro que rabia, muere, y el perro rabioso que muere, mata.

Lucía se tapó la cara con las manos. Lo que acababa de oír no tenía vuelta de hoja. La vida de Salvador estaba en sus manos, porque Cristóbal lo mataría como á un perro. No hay de-

fensa contra el puñal del asesino que aguarda en la sombra y hiere lo mismo en el pecho que en la espalda. Le quedaba un recurso, el recurso de las mujeres, llorar; llorar sin consuelo hasta enternecer el corazón de aquella fiera. Mas ella no sabía llorar sin lágrimas, y sus ojos estaban secos. Tenía además un nudo en la garganta que trababa su lengua: sólo le quedaba una esperanza....; Dios: la divina Justicia y la divina Misericordia. Levantó al cielo la mirada, lo vió sobre su cabeza azul y sereno, y dirigiéndose á la que es el amparo de los hombres, exclamó con todo el fervor de su alma:

—¡Madre mía!

Y cayó de rodillas.

Cristóbal ya no estaba allí.

VI.

Cuando al tío Blas se le metía una cosa en la cabeza, ya podían predicarle frailes descalzos, pues por un oído le entraba y por otro le salía; era lo mismo que machacar en hierro frío. ¿Dar él su brazo á torcer? ¡Bah! Primero moro. Su mujer, que le conocía el flaco, no solía llevarle el aire; y por si han de ser blancas ó han de ser negras, armaban á lo mejor la de Dios es Cristo.

No digamos por eso que el matrimonio se llevaba como perros y gatos; tenían, sí, sus revertas, pues los dos se empeñaban en llevar su gato al agua; ninguno cedía; mas nunca llegaba la sangre al río. Después de disputar media hora, el uno dale que dale, y la otra erre que erre, los dos se quedaban en sus trece, y.... nada; nubes de verano. La Casa-honda habría sido una balsa de aceite sin las atasquerías del tío Blas, ó, á lo menos, sin las atasquerías de la tía Martina.

Marido y mujer se hallaban un día solos en el molino y andaban á la greña, diciéndose las verdades del barquero de este modo:

—Te digo, Martina, que el diablo está en Cantillana; algo le hace cosquillas á la muchacha.

—Lo dijo Blas, punto redondo. No hay tales carneros; la muchacha está como la propia rosa, y no tiene nada que le haga cosquillas ni en cien leguas.

—Mujer, dirás que no hay Dios. Lucía no es ni su sombra: yo no tengo telarañas en los ojos, y la veo, con éstos que se ha de comer la tierra, más amarilla que un difunto: ni habla ni parla; parece un alma en pena. Martina, aquí hay duende.

—Blas, no sabes lo que te pescas, porque hablas por boca de ganso. ¿Quieres que tu hija esté siempre como unas castañuelas? ¡Amarilla! ¡Eso es! Tú, con esa cara de remolacha que se

te ha puesto, todo lo ves entre dos luces.... ¡Ay!
¡Si hablara la bota!

—Te sales del tiesto. Deja la bota en paz, y no la lleves en lenguas. ¿Se mete ella contigo? Y escucha, Martina; para que la piedra ande, tires por donde quieras, es preciso que corra el agua.

—¿Y qué tiene que ver el agua con el vino?

—Y dime tú, mujer de mis pecados, ¿qué tiene que ver Lucía con la bota? Lo que yo digo es que anda por aquí alguna mano oculta: lo digo, y firma el rey.

—Como si no firmara nadie.

—Cuando te emperras en una cosa, ni un par de bueyes puede contigo: tijeretas han de ser, aunque te aspen.

—¡Miren quién habló! El hijo de su madre.... ¡Más terco! Sí, sí; cuando él se atasca, no le menea ni un terremoto.

—Te voy á confundir. Mira, mira quién asoma.

El tío Blas, desde la puerta del molino, señalaba algo que él veía á lo lejos, añadiendo:

—¡El ruin de Roma! Viene como llovido del cielo.

Sacó la cabeza la tía Martina, y miró hacia donde señalaba el brazo de su marido.

—¡Otra te pego! (dijo.) Yo no veo á nadie más que á Salvador el de la Casa-alta.

—Ese es, ese es el que te va á poner las peras á cuarto.

—¡A mí!—exclamó la molinera, torciendo la boca.

—Á ti; deja que llegue, y verás lo que tarda tu hija en caer por la chimenea; y, si tienes ojos en la cara, tendrás que morderte la lengua, porque, ya te lo he dicho, hay duende.

Púsose la tía Martina las manos en la cintura, preguntándole:

—Mira: Blas, ¿es ese el duende?

—Ese, Martina. No te hagas cruces, que es un mozo como un trinquete; á la muchacha le entró por el ojo derecho, y tendrás que tragarlo, como á mí tuvo que tragarme tu madre, que en paz descanse.

Bastaba que al tío Blas le pareciera Salvador un novio de perlas, para que la tía Martina lo mirara por encima del hombro; y ya iba á cortarle un sayo que ni pintado, cuando Salvador se presentó en la puerta del molino. Entonces se mordió los labios, y empezó á darle á la cabeza, rezando entre dientes; porque, eso sí, la última había de ser siempre la suya.

Salvador fué recibido por el tío Blas con los brazos abiertos, mientras la tía Martina lo quería confundir con los ojos.

—¡Aquí, muchacho! (exclamó el molinero.) Arrima aquí ese costal, que ya lo moleremos. Ahora echa un trago, sin cumplimientos; haz cuenta de que estás en tu casa.

Estas palabras iban á clavarse en los oídos de la tía Martina lo mismo que saetas , y se la llevaban los demonios de oírlas , y estaba á punto de estallar como una bomba.

El tío Blas no hacía más que asomarse á la puerta , y los ojos de Salvador no sabían mirar á otra parte ; pero á Lucía se la había tragado la tierra.

Pasó una hora , y el tío Blas no podía disimular su impaciencia. Su mujer le dijo con muchísima sorna :

— Blas , no mires tanto al techo , que no cae nada por la chimenea.

Ahora fué el tío Blas el que se mordió los labios ; y , en vez de contestar á su mujer , sacó la cabeza fuera de la puerta , y soltó un silbido agudo como la punta de un cuchillo. Era la manera que tenía de llamar á su hija.

Dicho y hecho : el silbido llevó á Lucía como de la mano , y entre el tío Blas y la tía Martina se cruzaron dos gestos , que el uno quería decir : « Toma » , y el otro decía claramente : « Nones ».

Entró Lucía en el molino , y vió á Salvador sin mirarlo ; pero á él se le fueron los ojos detrás de Lucía.

— Muchacha , ¿ dónde te metes ? — le preguntó su padre.

— Estaba en la casa , — dijo ella.

Salvador , que se había recostado sobre unos

costales de trigo que esperaban su vez , se levantó , diciendo :

— El cielo barrunta nubes.

Estas palabras iban dirigidas á Lucía , porque el tiempo no podía ser más sereno. Así lo entendió el tío Blas , y se guiñó el ojo , esperando la respuesta de su hija ; pero Lucía no despegó los labios.

Entonces anudó la conversación , exclamando :

— ¡ Nubes , y está el día más claro que un espejo !

— Sí (replicó Salvador) ; pero el tiempo , tío Blas , da muchas vueltas.

Todas las tentativas eran inútiles : Lucía tenía la lengua pegada al paladar , y los ojos clavados en el suelo : estaba muda y ciega. Á Salvador parecía que le había caído una montaña encima ; el tío Blas botaba allá en sus adentros como una pelota , y la tía Martina se bañaba en agua rosada.

Junto al techo , y detrás de la piedra , había un agujero redondo , de más de un palmo de diámetro , que servía de respiradero al molino. Por aquel agujero asomaba una cabeza de frente estrecha , cejas borrascosas y ojos saltones , que miraban como si quisieran tragarse al mundo. La boca , entreabierta , descubría unos dientes blancos y agudos como los dientes de las fieras. La nariz se alargaba como el hocico del lobo que

olfatea la presa, y los cabellos, revueltos sobre las sienes, parecían serpientes enroscadas. Aquella cabeza sin cuerpo, si no era la cabeza de Caín, no era cabeza humana: la rodeaba un resplandor rojo, de color de sangre.

Para subir al agujero en que aparecía, tuvo que trepar por las asperezas de la pared. Y, ¡quién sabe! Acaso tenía alas de murciélago: era una cabeza horrorosa.

Nadie había reparado en ella, ó tal vez por arte del demonio sabía hacerse invisible. Sólo Lucía la vió, y sintió el frío de la muerte, y se anudó su lengua y se oscurecieron sus ojos: la estaba viendo al través de los párpados, y no tenía ni voz para gritar ni acción para moverse.

Salvador se volvió á la Casa-alta sin alcanzar de Lucía ni una palabra ni una mirada. El cielo resplandecía con toda la luz del sol; pero el cazador de lobos llevaba en su pensamiento una nube, y no veía más que sombras.

Cuando la tía Martina se encontró á solas con el tío Blas, se acercó á él, y le puso la mano en el hombro, preguntándole:

—Blas, ¿hay duende?

—Sí, Martina (le contestó). Hay duende; lo he dicho, y primero faltará el sol á su carrera.

Diciendo esto, descolgó la bota, se echó un trago, y le volvió la espalda á su mujer. Estaba furioso.

VII.

Cerca de la cortijada se conservaba una ermita desde tiempos muy antiguos, que, oculta entre las asperezas de la tierra, se había salvado hasta entonces de la furia desencadenada en 1834 contra todo lo que olía á templo. Tal vez le habría servido de escudo su pobreza, porque todos los bienes de este humilde santuario estaban reducidos á las cuatro paredes de la iglesia, á una casa que se apoyaba en la ermita para no caerse, y á cuatro varas de terreno, que componían á la vez la huerta y el jardín de la casa.

No era este capital para echar muchas roncás, y, claro está, el culto se mantenía de limosna; de pura limosna. No se encerraban en la ermita cuadros preciosos, ni ricos ornamentos, ni vasos sagrados de oro ó de plata, ni piedras labradas, ni maderas abundantes, ni siquiera el bronce de las campanas, pues sólo había una, sostenida por dos postes sobre la pobre fachada de la iglesia, y era tan pequeña, que su voz resonaba en aquellas soledades como la voz de un niño. La codicia, pues, no tenía nada que sacar de allí, y la impiedad pasó de largo sin mirarla.

En la época de los sucesos que voy contando, se hallaba servida la ermita por un sacerdote anciano, fraile de la Orden de San Francisco, que pudo escapar al degüello de 1834, año dos veces memorable, en que conocimos por primera vez la revolución y el cólera: las dos grandes epidemias de nuestro siglo.

El P. Ambrosio se salvó de la matanza de que fué en Madrid principal teatro San Francisco el Grande. Aquel sangriento crimen le valió al Estado todos los bienes que poseían las comunidades religiosas. Las primeras manos se empaparon en sangre; las que iban detrás se llenaron de oro. El orden fué éste: primero, el asesinato; después, el saqueo; saqueo y asesinato que aun continúan.

Huyendo de los asesinos, á pie, hambriento y descalzo, llegó el P. Ambrosio á la cortijada de la Casa-honda, y encontró albergue en la ermita. Era venerable, y pronto fué venerado.

Lucía salió de su casa una mañana en que apenas clareaba el álba, con el manto echado sobre la cara. Llevaba en las manos un rosario traído de Jerusalén, cuyas cuentas eran huesos de aceitunas del Huerto de las Olivas, donde el divino Maestro sudó sangre.

Iba sola, con los ojos fijos en la tierra que sus pies pisaban, y la parte del rostro que dejaba ver el manto descubría la palidez de la muerte;

parecía una difunta que la muerte había embelecido.

Dejó á su espalda el molino, y tomó una senda que, serpenteando por la falda de la colina, se escondía bajo la sombra de unos nogales tan viejos como la tierra en que hundían sus raíces. Más allá de los nogales se distinguía otro grupo de árboles, sobre los que asomaba una cruz, debajo de la que reposaba una campana. Este camino tomó Lucía, y detrás de ella, como la sombra que sigue al cuerpo, ocultándose bajo los matorrales, perdiéndose en las desigualdades del terreno, iba una ráfaga de obscuridad, que, ya se detenía, como si se enredara en el ramaje de las higueras silvestres que encontraba al paso, ya se adelantaba hasta colocarse detrás de Lucía, confundiéndose con su sombra. Otras veces, y aprovechando las curvas del camino, dejaba el sendero y se perdía entre las malezas.

La molinera, absorta en sus pensamientos, continuaba su marcha hacia la ermita, sin advertir que en las encrucijadas de la senda, por detrás de los lentiscos, le salían al encuentro dos ojos que brillaban en la obscuridad con esa luz amarilla con que miran los ojos de los tigres. Ella pasaba envuelta en su manto, con el paso menudo y precipitado de las mujeres que llevan prisa. Luego que se alejaba, la sombra que la

perseguía dejaba su escondrijo, y volvía de nuevo á seguirla.

Llegó al fin á la ermita, y no tuvo que llamar, porque el P. Ambrosio la tenía ya abierta, y entró. Delante del único altar que adornaba la capilla, ardían dos lámparas de cobre, que el esmero del P. Ambrosio las hacía relucir como si fuesen de oro. Todo el retablo del altar consistía en un lienzo que representaba á la Virgen de las Angustias, sentada al pie de la Cruz, teniendo en sus brazos el cuerpo inanimado de su Divino Hijo. Este lienzo debía contar una antigüedad respetable, y no era, ni por el colorido ni por el dibujo, una obra de arte; pero hacía recordar el candor, la dulzura del Angélico. El dolor de la Virgen se comunicaba á los ojos que la miraban, y la cabeza de Jesús, medio velada en el regazo de su Madre, añadía dolor al dolor, misterio al misterio.

El P. Ambrosio encontró este lienzo en el mayor abandono, sucio y manchado. Lo limpió él mismo, y se atrevió á restaurarlo, si no con mano maestra, con mano piadosa, porque la piedad vale más que el arte, porque ella es el verdadero *quid divinum*, el genio que ha inspirado las obras más grandes.

La capilla no tenía otro adorno; sus paredes desnudas atestiguaban su pobreza, pero, en cambio, resplandecían con la blancura del aseo,

y bien podía decirse que brillaban como un taza de plata. Toda su arquitectura consistía en cuatro arcos que se unían describiendo un cuadrado, sobre los que se levantaba el techo en forma de bóveda. No sé qué anticuario que pasó por allí, aseguró que en su origen fué una mezquita; mas el P. Ambrosio, que entendía algo de antigüedades, no encontraba en ella vestigio alguno de construcción árabe.

Á los pies del altar se hincó Lucía, doblando la cabeza hasta besar el suelo, y los ojos afligidos de la Reina de los Angeles se encontraron con los ojos angustiados de la pobre molinera: el dolor divino de la Madre Inmaculada hizo olvidar á Lucía su dolor humano. ¿Qué era su pena ante aquella pena? ¿Qué era su soledad ante la soledad de la Virgen? Iba á pedir consuelo, y lo recibía antes de pedirlo.

Las luces de las lámparas que oscilaban dentro de sus vasos de vidrio, daban movimiento al cuadro; Lucía veía animarse el rostro de la Virgen, sentía en su alma el calor de aquellas miradas celestiales, y vió bajar dos lágrimas por las mejillas de la que nació destinada á ser la Reina de los cielos. La imagen movía los labios; hablaba. ¿Qué le decía? ¿Cómo penetrar el misterio de aquellas palabras sin sonidos?

La capilla se hallaba desierta, la claridad de la mañana entraba dulcemente por una clara-

boya abierta en la bóveda del techo, y un rayo de color de oro iba á caer sobre el rostro de la Virgen, rodeando su cabeza de la aureola de los santos. Lucía se hallaba bajo el influjo de un deslumbramiento que la suspendía en el aire, porque sus rodillas no sentían la dureza de las baldosas en que las tenía clavadas: se creía arrodillada sobre una nube que el cuadro atraía hacia sí. El lienzo no era ya á sus ojos la obra de un pincel humano, sino la realidad misteriosa y divina del momento más augusto de la redención del hombre. El fondo del cuadro se alejaba, abriendo debajo de los brazos de la Cruz la profundidad de un horizonte sin término. Asomaban, sumergidas en la obscuridad, las torres de Jerusalén, y vagos resplandores iluminaban la inmensidad del cielo y las crestas de los montes lejanos.

Juntas las manos en la actitud del que ora, se creía transportada á otro mundo, oía armonioso: acordes de instrumentos nunca oídos, y voces de ángeles que cantaban, ocultos á sus ojos en las nubes del horizonte; respiraba una atmósfera suave y perfumada, el aire resplandecía iluminado por una lluvia de oro, y percibía la mística dulzura que exhala el humo del incienso. Más aún: el rostro de la Virgen, en medio de su expresión dolorosa, le sonreía.

Llenos los ojos de esta visión consoladora, se

acercó al único confesonario que había en la capilla: en él estaba el P. Ambrosio.

Entretanto, la sombra que la había seguido daba vueltas alrededor de la ermita, sin atreverse á penetrar en ella; llegaba hasta la puerta, y retrocedía. Era una figura humana que no encontraba reposo en ninguna parte. Quería sentarse, y las piedras donde buscaba asiento lo despedían; se apoyaba en la pared, y la pared lo rechazaba; fué á esconderse bajo las ramas de la encina que daba sombra á la ermita, y el tronco crujió como si fuera á desgajarse. Se alejaba como el que huye, y volvía de nuevo como el que acomete.

Parecía arrastrado por una mano invisible. Iba y venía, dando vueltas como un torbellino.

VIII.

La casa del P. Ambrosio no es más que una celda contigua á la pequeña sacristía de la ermita. Una mesa de pino, un sillón de vaqueta y una cama de tablas, es todo su mueblaje. En la pared se ve un clavo, donde cuelga su sombrero y su manto: sobre la mesa algunos libros y un crucifijo: no hay otra cosa.

Lucía se hallaba sentada sobre la tarima que

servía de cama, y el P. Ambrosio, de pie, se rascaba la cabeza muy pensativo.

Después de reflexionar mucho tiempo, dijo:

—El demonio anda muy listo, muy listo, y enreda las cosas de un modo que se necesitan estopas y pez para desenredarlas.— ¡Ya se ve! Como que es el demonio, el eterno enemigo del género humano. Pero bien: Dios no se está con los brazos cruzados; aprieta, pero no ahoga. Vamos: es preciso que el demonio no se salga con la suya.

—¿Y qué haremos?—preguntó Lucía.

Volvió á rascarse la cabeza el P. Ambrosio, y repitió la pregunta, exclamando:

—¿Qué haremos! No lo sé; y ello es que hay que hacer algo. ¡Si pudiéramos sacarle á ese loco la idea que el diablo le ha metido en la cabeza! Eso es lo derecho; ¡qué digo!; eso es lo primero.—Sí, lo primero es arrancarlo de las garras del demonio que lo tiene cogido.

—¿Y cómo?—volvió á preguntar Lucía.

—¡Cómo! Esa es la madre del cordero. Vamos á ver; yo puedo....

—¡Qué!

—Sondearlo....

—¡Ay, P. Ambrosio!

—¡Quién sabe, hija mía! Con la ayuda de Dios, otros más descarriados han vuelto al buen camino.

—¡Ah! (exclamó.) La vida de Salvador está en nuestras manos. Si llega á sospechar que yo he descubierto su intento, ¿quién podrá detener la furia de su enojo? Y lo sospechará. Me ha seguido hasta aquí, porque me sigue á todas partes. Yo no lo he visto, pero estoy segura de que ha venido. No puedo alzar los ojos sin encontrarme con los suyos.

Y, bajando la voz, añadió:

—Temo que en este instante nos esté oyendo.

Miró el P. Ambrosio por la ventana de su celda que daba al huerto de la casa, registró después la sacristía, y volvió diciendo:

—No, nadie nos oye.

Después siguió, hablando en voz baja:

—Delicadillo es el asunto. ¡Ya se ve! La fiera está suelta, y hay que ver cómo se coge sin que haga daño. Mas, paciencia; no hemos de matar al sastrero en una hora. Ya nos valdremos de nuestras mañas. Dios nos iluminará; pongamos nuestras aflicciones en sus manos, porque nadie como Él sabe consolarlas.

—Yo (añadió Lucía, enjugándose los ojos) estoy resignada.

—Eso es, hija mía (dijo el P. Ambrosio). Tú es preciso que continúes muda y ciega, y deja que Salvador piense de ti lo que se le antoje; déjalo que se martirice á sus solas poniéndote de vuelta y media. ¡Qué se le ha de hacer!

Juicios humanos. Paciencia; hay que salvar una vida y un alma; la vida de uno y el alma del otro. ¿Cómo? Allá veremos. La Providencia, que vela por todos, no nos ha de dejar á la cuarta pregunta. Fe, hija mía, que allana los montes; Esperanza, que nos alienta en los trabajos, y Caridad, que nos hace amar y compadecer á nuestros enemigos. ¿No sientes en tu corazón la alegría del sacrificio que Dios te impone?

—Sí, P. Ambrosio, sí,—contestó Lucía.

—Pues bien, ánimo: que el Señor bendiga tus palabras y tus pensamientos; que oiga tus oraciones y que acoja tus lágrimas su misericordia. Ahora, á la casa, á esperar lo que nos envíe su justicia en prueba de nuestra constancia ó en castigo de nuestras culpas.

Lucía se puso de pie y besó humildemente la mano del sacerdote que acababa de fortificar su espíritu con tan sencillas palabras. Después salió por la puerta que daba al huerto, tomando el camino de la Casa-honda.

El P. Ambrosio la seguía con los ojos, diciendo:

—Es un corazón hermoso y un alma pura. Esta es la obra de Dios. Yo la he enseñado á rezar, á leer y á amar.

Diciendo esto la vió perderse bajo la sombra de los nogales. Luego se puso la mano sobre los ojos para evitar el deslumbramiento que los rayos del sol producían en ellos, y exclamó de pronto:

— ¡Hola! ¡Ah, pícaro! ¡Es él! Sí, señor; él mismo: no se me despinta desde aquí. Ha salido de los matorrales como un animal dañino. ¡Dios mío! ¡compadeceos de ese alma presa del demonio, desatad la venda que ciega sus ojos, iluminadlo con un rayo de vuestra misericordia!

Al pronunciar esta súplica, se reflejaba en su semblante, dos veces venerable por la virtud y por la edad, la fervorosa tristeza de las almas justas.

Volvióse á su celda, y se sentó en el sillón, y allí meditó mucho tiempo. Después se dijo á sí mismo:

—Esperemos. Los designios de la Providencia son impenetrables y sus medios siempre misteriosos. Se vale de un niño para destruir á un gigante. De la muerte hace brotar la vida. Esperemos.

Tomó el Breviario que tenía encima de la mesa, y empezó el rezo del día. Á poco se vió interrumpido por una voz sonora que gritaba, diciendo:

— ¡P. Ambrosio!... ¡P. Ambrosio!

Dejó el Breviario, y salió en busca de la persona que lo llamaba, y se encontró con un hombre de cincuenta años, duro y firme como una encina, que, apeándose de un salto del mulo en que venía, se acercó, le besó la mano, y le dijo:

—Buenos días, padre Cura; aquí me tiene V.

en cuerpo y alma. ¿No me conoce V.? ¡Voto al chápuro! Yo soy Juan el de la Casa-alta.

—¿El padre de Salvador?—preguntó el Padre Ambrosio.

—¡Ajaja! (contestó el hombre.) El mismo. Aquí vengo á traerle á V. esta cesta de madroños que dicen comedme, porque están las madroñeras que crujen.

Diciendo así, puso en manos del P. Ambrosio la cesta de los madroños. Éste la tomó, diciendo:

—Dios te lo pague.

—Son los primeros que se cogen, señor Cura, y este año es una bendición de madroños la que hay por aquellos montes.

El señor Cura le preguntó:

—¿Conque tú eres el *Salvador*?

—Eso que V. dice, padre Cura. Conmigo no pueden ni los perros rabiosos. *Tengo gracia*.

—¡Válgame Dios! (exclamó el P. Ambrosio.) Bien venido seas. ¿Pero este viaje es sólo á traerme los madroños?

—¡Ca! No, señor; vengo á otra cosa, á otras dos cosas.... Por eso me ha traído el mulo. Hágase V. cuenta que allí, lindero de la casa, á la parte allá del pino grande, tenemos una enferma que se nos va de entre las manos, y, como V. sabe de todo cuanto Dios crió, he dicho: allá me voy por el P. Cura, y si es de

vida la sanará, y si es de muerte, le encomendará el alma, y en un *santiamén* aquí estamos yo y el mulo.

—Bien pensado (dijo el P. Ambrosio). Ahora no debemos perder tiempo.

Dicho y hecho: entró en la celda, tomó el manto, el sombrero y el Breviario, se encaramó en el mulo, y paso entre paso se pusieron en camino.

—Creo (le preguntó el P. Ambrosio) que venías también á otra cosa.

—Sí, señor (contestó el hombre); á otra cosa, y esa es la más negra. Hágase V. cuenta que mi Salvador es una alhaja, más bueno que el pan y más valiente que un león; tiene unos puños que ni de bronce, y donde pone el ojo pone la bala. Pues bien: de la noche á la mañana, sin comérselo ni bebérselo, cátese V. á Periquillo hecho fraile: le han hecho *mal de ojo*.

El P. Ambrosio le interrumpió, exclamando:

—¡Qué dices, hombre! Esas cosas no deben creerse.

—¡Ay, padre Capellán! El demonio es siempre el demonio, y mi hijo está de lo vivo á lo pintado: mira con unos ojos tan tristes, que da lástima; se le escapan unos suspiros que parten el alma, y vaya V. á preguntarle: su boca es una piedra; come por no morirse, y huye de la gente, y se va quedando sin ver de persona.

¿Qué quiere decir cristiano? Á mí me tiene sin vida, y á su madre la pueden ahogar con un cabello.

—Eso (le dijo el P. Ambrosio) no es mal de ojo; más bien pudiera llamarse mal de ojos. Si tú fueras un hombre completo, capaz de coserte la boca, con la ayuda de Dios, que todo lo puede, haríamos algo.

—Dígame V. (prorrumpió el de la Casa-alta) que me tire de este barranco abajo, y me verá V. caer de cabeza en menos que canta un gallo.

Guardó silencio el P. Ambrosio, y callados los dos y pensativos, se fueron perdiendo poco á poco en la verde profundidad de los pinares.

IX.

El agua que bajaba despeñada de la cumbre y que hacía rodar la piedra del molino, no se precipitaba furiosa en el cubo, sino que, lamendo silenciosamente el tablacho que le cerraba el paso, se deslizaba con todo el sosiego del que se pasa la vida mano sobre mano. La piedra, por consiguiente, descansaba inmóvil sobre su asiento, ni más ni menos que una reina en su trono; y, está claro, la taravilla, asombrada de tanto reposo, no acertaba á decir esta boca es

mía. A su vez los costales, repletos unos de trigo y otros de harina, recostados en los rincones, callaban como muertos: ¡ya se ve! Como que tenían las bocas atadas.

Dentro del molino no se oía ni el vuelo de una mosca; todo era en él quietud y silencio: parecía un sepulcro. La vida, el movimiento y el ruido estaban fuera, debajo del emparrado, y allí era ella.

El tío Blas delante de la mesa cubierta con la manta, mano á mano con sus compañeros de *truco*, se hallaba en todo el esplendor de su gloria: le daba el naípe, y hacía cada *flor* que temblaba la tierra. ¡Qué modo de ligar las cartas! Alrededor de la partida se agrupaban los hombres más notables de la cortijada; la aristocracia de la comarca: el tío Merino, que sirvió en caballería y tenía su licencia de soldado raso, un *chirlo* en la cabeza y una cruz de plata en el chaleco; el tío Bocaza, personaje de pocas palabras, que se echaba á cuestras un costal de trigo, levantándolo con los dientes; el tío Zurdo, tirador de barra; el tío Roncas, que se las echaba al lucero del alba; el tío Marcos, siempre encogido de hombros; el tío Burdo, saco de chilindrinas; en fin, la flor y nata de aquellos contornos.

El porrón del aguardiente iba y venía como una lanzadera, tejiendo palabras y bordando conversaciones.